

DE LA INFANCIA A LA GUERRA: UNA CONTINUIDAD MENTAL

FROM CHILDHOOD TO WAR: A MENTAL CONTINUUM

NATHALIA AGUIRRE ÁLVAREZ*
CECILIA MUÑOZ VILA**

Resumen

El presente artículo de investigación, analiza parte de los hallazgos del trabajo psicoterapéutico, llevado a cabo con tres jóvenes excombatientes, pertenecientes a la modalidad hogar tutor. El análisis se realizó desde una perspectiva psicoanalítica que toma en consideración la importancia de la realidad psíquica y los estados mentales para comprender el problema de la participación de los niños en la guerra.

Este análisis, se centra en la comprensión de la infancia de estos jóvenes, sus relaciones afectivas tempranas, las experiencias en la familia y su relación con el deseo de entrar a un grupo armado. Pone en evidencia la continuidad mental que existe entre la infancia y la guerra, en la medida en que las experiencias de maltrato físico y psicológico, violencia y desamparo, hacen más vulnerables a estos niños, a la seducción que proviene de los grupos guerrilleros y a la ilusión que ofrecen de protección y poder.

Palabras clave: conflicto armado, estados mentales, infancia, jóvenes excombatientes, maltrato, realidad psíquica, sentimiento grupal, violencia.

* Psicóloga. Magíster en Psicología Clínica, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Docente catedrática de las universidades de Manizales y Católica de Pereira. Email: naguirrealvarez@gmail.com

** Docente de la Maestría en Psicología Clínica, Pontificia Universidad Javeriana. Psicóloga de la Universidad Nacional de Colombia en Bogotá. Estudios de Sociología en la FLACSO en Chile, en la Universidad de Münster en Alemania, en la Universidad Católica de Lovaina en Bélgica, y en la Universidad de Cornell en USA. Candidata al Doctorado, con defensa de tesis aprobada en la Universidad de Cornell en USA. Estudios de Psicoanálisis en el Instituto de formación psicoanalítica de la Sociedad Colombiana de Psicoanálisis. Email: cmvila@etb.net.co.

Abstract

This research article analyzes part of the psychotherapeutic work findings carried out with three teenage veterans from the “guardian home” program. The analysis was performed from a psychoanalytical perspective that takes into consideration the importance of the psychic reality and mental lapses to understand the problem of childhood participation in war.

The analysis focuses on the understanding of the infancy of these youngsters, their early affective relationships and family experiences and their relationships with their desire to become a part of illegal armed groups. This analysis evidences the mental continuum existing between infancy and war as long as physical and psychological abuse experiences, violence and abandonment make these children more vulnerable to the seduction from guerrilla groups and the power and protection illusion they offer.

Key words: armed conflict, mental lapses, childhood, young veterans, abuse, psychic reality, group feeling, violence.

“Si contemplamos nuestro mundo adulto, desde el punto de vista de sus raíces en la infancia, comprenderemos la forma en que nuestra mente, nuestros hábitos y nuestros enfoques se han ido construyendo a partir de las más tempranas fantasías y emociones infantiles, hasta llegar a las manifestaciones adultas más complejas y elaboradas. (...) y es que nada que haya existido alguna vez en el inconsciente llega a perder por completo su influencia en la personalidad”

Klein (1959). *Nuestro mundo adulto y sus raíces en la infancia*.

Presentación

Este artículo, corresponde a uno de los análisis alcanzados en el trabajo de tesis “Jóvenes excombatientes desvinculados intentan imaginar sus sobrecogedoras experiencias”¹, el cual reúne los hallazgos de un estudio de caso múltiple² de tres jóvenes excombatientes -Mariana, Santiago y Pedro-, pertenecientes al programa hogar tutor del CEDAT³ que asistían a psicoterapia individual, además, de un grupo de cuatro jóvenes en igual condición, quienes participaron de un trabajo terapéutico grupal, a través de la imaginación y el arte.

¹ Trabajo de tesis, con el fin de obtener el título de Maestría en Psicología Clínica en la Facultad de Psicología de la Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá, 2010. Que fue realizada bajo la dirección de Cecilia Muñoz Vila.

² La presente investigación se desarrolla en el marco de una metodología cualitativa, bajo la modalidad investigación-intervención propia de la investigación en el marco de la psicología clínica.

³ Centro de Estudios y Desarrollo Alternativo sobre Territorios de conflicto, violencia y convivencia social. Perteneciente a la Universidad de Caldas, Manizales.

Tanto el trabajo terapéutico, como el análisis posterior del material clínico, se orientaron psicoanalíticamente. Esto significa que, tanto el trabajo terapéutico, como el análisis ulterior, la realidad psíquica -inconsciente- y su relación con el mundo externo y las personas significativas, se constituía en el escenario de observación y comprensión de las experiencias de los jóvenes, junto a las expresiones trasferenciales que surgían dentro de la relación terapéutica y la vivencia singular de cada participante.

El estudio de caso en el marco del psicoanálisis, permite establecer una relación indisoluble entre la elaboración terapéutica y la intelección de la vida anímica, entre el trabajo terapéutico y la investigación (Vergara, M. y Castro, E. 2004), de la misma forma como se fue construyendo en Freud, por lo cual fue fundamental la historia de los participantes y los elementos de su biografía. Las producciones verbales y no verbales de los jóvenes, sus imágenes visuales, los sueños y sus fantasías, permitieron el acceso al mundo interno y al sentido inconsciente de algunos comportamientos.

Frente a las comprensiones sociales, políticas e institucionales, que se han alcanzado respecto al problema de la vinculación, en este artículo se intenta presentar y considerar los aspectos psíquicos que están en juego frente al problema de la participación de los niños en la guerra, lo cual traza un panorama diferente para analizar las implicaciones subjetivas de vincularse y desvincularse de un grupo guerrillero.

En este sentido, es fundamental conocer las condiciones psíquicas que preceden a la vinculación, y que están en estrecha relación con el deseo de muchos niños de participar en un grupo armado. Estas condiciones son, quizás, tan importantes como las condiciones sociales de pobreza, falta de oportunidades, ausencia de educación, socialización en medio de una cultura imperante de narcotráfico y guerra, para seguir comprendiendo el problema y generar aportes para planes de prevención y atención psicosocial.

Una de las comprensiones que surge del análisis del material clínico individual y que se desarrollará en este artículo, es que, de la infancia a la guerra hay una continuidad mental relacionada con las vivencias afectivas tempranas de estos jóvenes dentro de sus hogares y en su comunidad, más que una ruptura. En la medida en que la familia y la comunidad no pueden cumplir una función continente y sostenedora del desarrollo psíquico temprano, y por el contrario provocan estados de desamparo, maltrato y violencia, éstos niños se encuentran más proclives a la seducción que proviene de los grupos, en este caso, los grupos armados que se ofrecen como marcos seguros y protectores, capaces de contener y hacerse cargo de antiguas heridas de infancia.

Estos jóvenes, encuentran alivio en el hecho de pertenecer a un grupo en la medida en que el sentimiento grupal y la pérdida de los límites individuales producidos por la confluencia

emocional y pulsional que surge dentro del grupo, ofrece la ilusión de igualdad y poderío. Adicionalmente, algunos han experimentado algún tipo de sometimiento bajo condiciones de maltrato y violencia familiar, que permite su vínculo a grupos autoritarios, en los cuales se instaura la compensación al sentimiento de desamparo, que en su caso se ha hecho presente de forma temprana, ya sea por la muerte repentina de la madre o el padre, o por la movilidad entre hogares de familiares que se convierten en figuras maltratadoras.

Bion (1961), planteó que las reacciones emocionales y estados mentales de los individuos, los orientan hacia los grupos que alivian sentimientos desagradables o satisfacen necesidades con relación a ellos mismos o con relación a “los otros”, entre éstos, se encuentran las necesidades de dependencia, esperanza en un futuro mejor o esperanza en un líder.

Por consiguiente, la adhesión a un grupo puede imponer un tipo de funcionamiento psicológico especial -funcionamiento socio-animal-, dónde no tiene lugar el crecimiento psíquico, en la medida en que la individualidad se pierde bajo los esquemas de pensamiento y acción determinados por el grupo mismo.

La pertenencia a un grupo para éstos jóvenes, parece ofrecerles la sensación de aliviar las heridas más tempranas y el sentimiento de desamparo, por la aparición de la idea de protección por parte del grupo. Sin embargo, las exigencias del grupo los llevan a funcionamientos psíquicos, llenos de seducción, agresión y destructividad similar a los vívidos en su familia. El alivio, sólo será una ilusión y el esquema de la guerra, lleno de acciones destructivas y aterradoras acabará, en algunos casos, por expulsarlos.

Para desarrollar estas ideas, el artículo que se va a presentar, recoge en un primer momento, los testimonios sobre la infancia de los tres jóvenes excombatientes: Mariana, Santiago y Pedro, que asistieron a psicoterapia individual, con algunos comentarios analíticos de sus relatos. Luego, bajo la guía de algunas ideas de Freud, Klein, Bion y Jeammet, sobre las experiencias traumáticas en la infancia y sobre el funcionamiento psíquico individual y grupal, se intentará entender algunos estados mentales que junto con sus condiciones circunstanciales de vida, pudieron permitirles entrar en los grupos subversivos y quedarse en ellos por mucho tiempo. Así, a partir de las experiencias de los tres jóvenes, se pasará a interpretar sus vivencias a la luz de estos conceptos, para terminar con algunas conclusiones, a manera de discusión.

Recuerdos de infancia de tres jóvenes excombatientes

Cuando fuimos profundizando en el material de sesiones de los tres jóvenes excombatientes -Mariana, Santiago y Pedro-, teníamos la sensación de estar entrando en un terreno desconocido de la mente, especialmente cuando nos ubicábamos en la guerra, en su participación en el

grupo guerrillero o paramilitar. Muchas de sus experiencias vitales, sus ideas y sentimientos, con los cuales fuimos conformando sus historias de vida, uniendo lo dicho en las sesiones, nos eran totalmente desconocidas y, algunas veces, aterradoras. Así que, decidimos que para entender a estos jóvenes, teníamos que imaginar qué significaba ser joven y vivir en la selva, con comandantes amados u odiados, fuente de abusos o privilegios, tener que ver sufrir vejámenes a los compañeros o tener que ejercerlos por órdenes de los superiores, entrar en combate y no saber si de allí se sale con vida o no.

Pero, igualmente teníamos que imaginar su regreso a la ciudad, su vinculación a programas donde solían infantilizarlos, con el regreso a interpuestos hogares y a programas escolares, en los que se ejercía sobre ellos, esquemas de obediencia arbitrarios o formas de relación de parentesco supuestos, y tener que seguir sin ver a sus familias, aunque se les había dicho que, a eso venían si se desvinculaban.

Igualmente, cuando empezamos a reconstruir las infancias, tuvimos que imaginar lo que significaba vivir no solo sin el apoyo de los padres, sino, con su desprecio y desinterés, abandono, abuso y maltrato.

Estábamos sentadas en el cuarto de supervisión, y desde allí, teníamos que contactar todo el dolor que estos niños tuvieron que vivir y que seguramente habían tenido que olvidar, negar, enterrar; para poder seguir viviendo. A nosotros no nos estaba permitido alejarnos del sufrimiento, sino que, teníamos que enfrentarlo, en toda su dureza, si queríamos entender sus vivencias y su condición actual de vida. Muchas veces tuvimos que regresar de manera imaginativa a nuestros más primarios recuerdos, para poder entender aquello que sabíamos había ocurrido, pero cuyos detalles no existían verbalmente, ni en nuestros recuerdos ni en los de ellos.

Los testimonios sobre la infancia de estos tres jóvenes, que siguen a continuación, son sacados de trozos de varias sesiones⁴, reunidos en una narración, con el propósito de mostrar, en la voz de los propios jóvenes excombatientes, sus experiencias infantiles, la relación con sus padres y hermanos y con sus lugares de origen.

⁴ Con los tres pacientes se realizó un seguimiento, sesión a sesión, a través de protocolos escritos. El protocolo, consiste en una transcripción completa y elaborada, una vez finalizada la sesión, de todos los contenidos verbales y no verbales que emergieron en las sesiones realizadas, entre el paciente y la terapeuta. Para el análisis de cada caso se utilizaron como mínimo 15 protocolos. Ya respecto al trabajo terapéutico, el trabajo se dio de la siguiente manera: Pedro asistió a 20 sesiones de psicoterapia, en un tiempo de 10 meses, y finalizó su proceso psicológico, junto con su proceso dentro del programa, al completar los 18 años de edad. Mariana, completa hasta el momento 33 sesiones de psicoterapia, en un tiempo de 11 meses y continúa actualmente con su proceso psicológico de forma voluntaria. Santiago, completa 36 sesiones en el momento actual, en un tiempo de 15 meses y continúa también en proceso terapéutico de forma voluntaria.

En el trabajo investigativo, *las narrativas*, se constituyen en un instrumento de análisis. Estas consisten en un trabajo analítico sobre la información contenida en los protocolos, donde se vuelve a observar de otra manera un hecho vívido, permitiendo con una mirada retrospectiva tener una visión de conjunto del caso, de los avances o no del proceso terapéutico, y de los detalles acerca de la atmosfera emocional de las sesiones.

La elaboración de la narrativa de cada caso, consistía en observar de forma inductiva el material clínico y analizarlo fenomenológicamente, en un proceso de lectura y re-lectura que permitía descubrir en las descripciones, los sentidos de la experiencia vivida por los jóvenes, los cuales luego quedaban condensados de forma ordenada en la narrativa. En su construcción es donde se descubrían los hechos seleccionados sobre los cuales se articulaba después el análisis teórico.

En la medida en que la narrativa es una articulación nueva, que permite observar de otra manera un hecho vivido, fabularlo y no solo contarlo, permite la construcción de conocimiento.

Mariana: la niña maltratada

La primera narración que se presentará, se basa en la infancia de Mariana, una joven de 17 años que había estado vinculada a un grupo guerrillero desde los 11 años de edad, y que había llegado al programa recientemente. Su narración muestra la difícil experiencia de la violencia sexual temprana y el maltrato que es frecuente encontrar en algunas de las jóvenes excombatientes.

“A mí me violó un señor cuando tenía 9 años. Era un amigo de la familia, era de por ahí de por la casa. Me acuerdo que una vez me dejaron sola, yo no quería ir con mis abuelos y ese señor entró y me violó. Era que ese señor me daba plata y yo se la recibía pero para dársela a mi abuela, él me insistía en que se la recibiera, pero no más, él me molestaba, sí, pero esa noche me hizo eso.

[...] yo no vivía con mi mamá, yo nunca fui del gusto de ella, ella no me quiere. A mí me contaban que ella decía que yo no era hija de ella, que ella no me quería. Yo soy un aborto de mi mamá. Ella me mantenía diciendo que no me quería, que me fuera, a cada rato me lo repetía, que yo era un aborto de ella. Por eso me fui a vivir con mis abuelos, porque ellos eran diferentes y me querían. La casa de mis abuelos era al frente de la de mi mamá. Yo me la pasaba donde ellos, pero a veces iba donde ella. Mi mamá iba hasta allá para pegarme, para regañarme, una vez alguien la vio,

un tío mío y le dijo que no me pegara, que ella no tenía derecho de hacer eso, y le tocó dejarme de pegar.

[...] la gente de por ahí que sabía me decía. Pero ella me mantenía diciendo que no me quería, que me fuera. Yo me acuerdo que mi mamá no nos quería, y mi padrastro nos pegaba. Yo tengo otros tres hermanos, todos hijos de papás diferentes, excepto mi hermana la del encuentro y yo que somos hijas del mismo papá. Yo allá en la guerrilla llamé algunas veces a mi mamá, ella me decía que estaba arrepentida, que la perdonara. Aquí no he podido llamar a mis abuelos.

[...] a mi papá apenas lo vine a ver la primera vez en el encuentro, yo no lo conocía, pero mi hermana lo encontró, por eso vino con él. Yo me sentía muy rara con él, ya después no, pero le dije al final del encuentro que yo no sentía nada por él, que yo no lo quería, le dije la verdad. Mi hermana sí quería que lo intentara pero no. Claro que mi mamá siempre me dijo que él estaba muerto, yo no sé ella porqué me dijo eso, para qué. Mi mamá lo que le gustaba era estar por ahí, bailando y tomando, ella trabajaba en los cafés, y se la pasaba con un hombre y otro hombre, con varios hombres.

[...] por lo que mi mamá no me quería fue que me fui a vivir con mis abuelos, porque ellos eran diferentes y me querían. Mis abuelos se la pasaban trabajando por ahí en las fincas, recogiendo cultivos. Ellos sí me querían y me trataban bien. Ellos me cuidaban. Con mi abuela no hablo hace 5 años y con mi abuelo tampoco. Es que aquí no he podido llamar a mis abuelos”.

La casa de los abuelos, era para Mariana un refugio entre seres buenos y compasivos. Los abuelos cuidaban, curaban y protegían.

“Yo viví fue con mi abuela, y mi mamá a veces iba a la casa. Yo me quedé con mi abuela, pero con mi mamá se quedaron mi hermana y otros hermanitos menores que tengo, mi mamá era como loca y se la pasaba por ahí con hombres. Yo a veces pasaba a la casa y los cuidaba o les ayudaba. Mi mamá los mantenía sucios, que pesar parecían gamincitos.

[...] en mi casa nunca nos faltó la comida, mi abuela hacía lo que fuera, pero nunca nos faltó. Yo pasaba a la casa de mis hermanos y les daba comida o les ayudaba a cocinar para que comieran bien.

[...] la abuela usaba yerbas, ramas para curarme. Mi abuela hacía cosas de brujería, pero de brujería buena, ella presentía las cosas antes de que pasaran. Para saber que algo iba a pasar leía el tinto. Mi abuelo y mi abuela estuvieron casados, hasta que pasó lo de mi tío, que lo mataron por culpa de mi abuelo, porque él trabajaba con la guerrilla. ¿Se acuerda que él le dio una carta a mi tío de la guerrilla para que la llevara y cuando los paramilitares lo cogieron y vieron la carta lo mataron?

Lo que más me duele de todo es haberle provocado un dolor tan grande a mi abuela cuando me fui para la guerrilla. Yo sabía que ella estaba sufriendo por eso. Cuando yo estaba en el grupo, a mí me contaban que mi abuela del dolor tan grande se fue de por ahí y vendió la casa. Ella no quería saber nada de por ahí. Cuando salí del grupo, mi mayor miedo era llamar a mi abuela y saber que de pronto ella no me había perdonado. Cuando la llamé y le pregunté si ella me había perdonado, ella me dijo que hace rato me había perdonado y que lo importante era que yo estuviera bien”.

Luego, la guerrilla se volvió para Mariana, como para otras jóvenes (terreno posible para las venganzas), lugar donde la defensa contra las agresiones experimentadas por ella o su familia era posible.

“Yo entré a la guerrilla porque tenía un primo mío que ya era de la guerrilla y me mantenía diciendo que nos fuéramos, pero yo le decía que no, que yo no era capaz de dejar a mis abuelitos, a mi abuela, que no. Pero una vez me dijo que nos fuéramos solo por un fin de semana y que probara y que él luego me volvía a traer. Pasó el fin de semana y no nos regresamos y a la semana siguiente él se voló, y a mí ya me tocó quedarme. Claro que ya había familia por ahí guerrillera. Ellos iban mucho a donde yo vivía. Me acuerdo que a ellos les conté lo de ese señor y empezaron a buscarlo para matarlo, él se asustó y le tocó irse de por ahí. Yo estando en la guerrilla también lo busqué.

[...] cuando yo entré a la guerrilla entré para matar a mi mamá, eso era lo que yo quería, buscar a mi papá y a mi mamá para matarlos a los dos, pero allá no me dejaron, me decían que ella era la que me había dado la vida, la que me había engendrado, que no, pero yo seguía con mis compañeros pensando en que me ayudaran, pero nada, ellos también me decían que no.

[...] a mí siempre me gusto el ejército, o ser del ejército. Yo me metí a la guerrilla, pensando en matar a los paramilitares que mataron a mí tío”.

El abandono, el maltrato y el abuso sexual que hacen parte de las experiencias tempranas de Mariana, se constituyen en los eventos tempranos que exceden la capacidad del *yo* en formación, y que amenazan la conformación de los cimientos narcisistas, los cuales aseguran después en el adulto el sentimiento de individualidad e identidad.

Los buenos vínculos de la temprana infancia se constituyen después en buenos objetos internos que garantizan un sentimiento de seguridad y continuidad. Lo contrario, la vivencia de una relación temprana que no facilita el desarrollo psíquico, en el sentido de no auxiliar al *yo* en la metabolización de las experiencias, puede provocarle una herida y el surgimiento de maniobras defensivas que nos protegen de la realidad externa. En Mariana estas vivencias, reunidas con las vivencias aterradoras de la guerra, le hacían sentirse siempre amenazada, asustada y cambiante en sus estados emocionales, pasando del amor al odio repentinamente en sus relaciones, o de la entrega incondicional al rechazo.

Estas tempranas heridas -el rechazo de la madre, el maltrato físico-psicológico y el abuso sexual- son las primeras vivencias *traumáticas* de Mariana, sobre las que, se fue conformando su realidad psíquica, en la que se reúnen los personajes de su infancia. En el teatro psíquico⁵ de Mariana, coexisten objetos internos que le dan seguridad, junto con otros que la amenazan con fuertes sentimientos de enojo y venganza, en situaciones donde Mariana siente que puede volver a vivir el rechazo y el desamparo, tal como lo vivió cuando era niña.

En la medida en que las figuras de cuidado de Mariana hicieron sentir sobre ella su peso excesivo a través del maltrato psicológico, físico y el abandono, iban dejándola sometida a un sentimiento de impotencia respecto al peso de la realidad. Esta impotencia se manifestaba en la sensación que ella constantemente tenía de no poder resolver sus dificultades, lo cual la llevaba aislarse, retraerse del mundo y muchas veces enfermar.

⁵ La metáfora “teatro psíquico”, es introducida por la psicoanalista Joyce McDougall, para describir de forma elocuente, como lo describe León Grinberg, las diferentes escenas psíquicas y personajes internos que representan los pacientes. Es una forma visual y dramatizada de comprender el carácter de realidad del inconsciente, la fuerza de los personajes con los que debe lidiar el *yo*, y los dramas psíquicos que provocan en las personas distintos estados emocionales. Los personajes representan personas del pasado y algunos dramas, son dramas infantiles que se repiten en las escenas del *yo* del adulto.

Santiago: mucha riqueza y mucha pobreza

Santiago es un joven de 15 años. Entró al grupo cuando tenía más o menos 11 años y estuvo allí durante un año y medio, aunque sus registros sólo reportan ocho meses. En su paso por el grupo, su padre intentó sacarlo en una ocasión, pero Santiago volvió a insertarse en las filas, su madre no es tan visible en su relato y de ella poco se habla. Desde el comienzo nos dejó ver su vocación de niño que se acomoda plenamente a las circunstancias para sacar provecho de ellas, y evitar el rechazo de los adultos que ejercen autoridad. Desarrolla tretas para seducir a los jefes.

“A mí desde pequeño me ha gustado trabajar. Desde pequeño yo trabajé con mi papá, Él era de modo, tenía finca y sembraba coca porque eso es lo único que se ve por allá, todo el mundo siembra de eso. Así como aquí se ven esos sembrados de café, así también es allá pero de coca. Yo soy del Putumayo, pero estuve en otra parte con el grupo. Yo le ayudaba a mi papá a arrear bestias, montar a caballo, echar machete...sí a cortar el pasto y quitar maleza, hasta raspé coca y todo, eso también me tocó.

[...] a mí me gusta mucho la plata, esa es la verdad. Cuando yo no tengo plata soy como aburrido. Yo manejo plata desde que tengo siete años, y en ese entonces, era harta. Porque cuando yo me iba para donde mi papá, yo trabajaba y él me pagaba, y con eso, me acostumbré a tener siempre plata en el bolsillo. Yo le ayudaba, o raspando o en la fabricación de la coca, y eso se vendía muy bien. Imagínese que por cinco libras de coca nos daban hasta 12 millones de pesos. Mi papá tenía hasta ocho trabajadores, o más, siempre hemos tenido trabajadores.

[...] mí papá tenía todas las maquinas y todos los químicos para echarle y sacar la coca. ¡Es que en esa época era muy bueno! Yo me iba con los demás a raspar coca, por eso tengo los dedos como los tengo, mírelos, por eso están así de torcidos. Me estira sus palmas y me enseña bien sus dedos. (Realmente no están torcidos o hinchados, sólo un poco amarillos)

Pero yo aprendí todo el proceso, a eso le echan un montón de químicos. Se le echa bicarbonato de sodio, se le echa cal, un ácido ahí que decolora la hoja. ¡Huy! como será fumarse eso, con razón hace tanto daño, es que eso lleva de todo. (Me explica todo

el proceso de la coca, de las fases por la que pasa la hoja, del tratamiento que le tienen que hacer. Lo hace con orgullo, me habla con confianza y abiertamente, para él es una forma legítima de ganar dinero y una forma legítima de ganarse la vida)

[...] siempre que salía al pueblo a ver quien le compraba, siempre encontraba cliente. Normalmente a mi papá le compraba gente en el pueblo y en el batallón, yo no sé por qué será que allá adentro fuman mucho de eso, pero ellos le compraban también. (Se ríe).

[...] mí papá ya era reconocido y todo, él era, yo creo, de los que más producía, y de los que más vendía. Era una época muy buena. Ya después eso se puso muy malo, porque empezaron a fumar. ¿Y usted sabe que es eso? ¡Eso es horrible! Unas avionetas van tirando un líquido y van acabando de una con la hoja, eso al otro día ya no hay nada, todo se muere. Mi papá entonces se puso a cultivar caña de azúcar y empezó a meterle a ese cultivo, porque ya lo que había de coca no daba para nada. Pero esas fumigaciones acabaron con la coca y con la caña también. Ahí es cuando mi papá vende esa finca por muy poquito, por 12 millones de pesos y se va a vivir a la mía”.

Para Santiago, comienza a ser importante el dinero y el reconocimiento que a través de éste se logra. Así, tener dinero es una necesidad para poder ir a las fiestas e invitar a los amigos.

“Un día había un festival por allá y yo sin un peso, y yo tenía muchas ganas, es que eso es muy bacano, pero sin plata no aguanta, con que me recogiera cincuenta o setenta mil pesos, con eso ya me podía ir. Entonces nos pusimos a raspar coca, de esa que había en la finca, a ver si le sacábamos algo y siempre alcance a recoger algo para poder ir. En cambio mi papá era muy juicioso, lo que se ganaba ahí mismo lo ahorra, porque él sabía que podían venir momentos malos, y a él le parecía mejor ahorrar. El tenía la casa y la finca muy bonita. La más ambiciosa mi mamá... ella si es ambiciosa, a mi mamá sí le gusta harto la plata. Mi mamá es más desorganizada con la plata, y no le gusta verse sin plata, se pone aburrida y mal cuando no tiene. Ahí sí me parezco a ella, yo también me pongo bien aburrido cuando no tengo plata”.

[...] yo me fui al grupo pensando en las armas, eso se veía muy bacano. (Se ríe). Los guerrilleros rondaban mucho por la escuela

y se arrimaban y todo a charlar con uno. Una vez yo le dije a uno que me dejara tocar el arma, que me la mostrara y él me dijo que no, que las armas no eran para los niños. Pero luego otro guerrillero al que le pedí que me la mostrara, ese sí me la dejó tocar y me la dejó cargar y todo. El empezó a contarnos cómo era todo lo de la guerrilla y ahí mismo me animé. A los poquitos días ya me metí en el grupo.

[...] yo tenía allá lo que quería, carros y cosas así, yo con lo que guarde me compré una finca. Si yo hubiera seguido me hubiera hecho jefe y todo, iba para allá, a mí me tenían mucha confianza, a veces me mandaban con cargamentos de cocaína, eso eran miles de millones de pesos. Si solo un kilo podían venderlo por 4 o 5 millones de pesos, ¿se imagina un cargamento? Yo tenía lo que quería, yo fui a Ecuador, Perú. El jefe me daba lo que yo quería, también me dejaba al frente de 10 hombres o más y ellos hacían lo que yo quería. Yo desde que entré me hice el que sí me gustaba, lo otro lo guardaba para mí, lo dejaba para mí solito, pero yo siempre era dispuesto pa' lo que fuera, para lo que me pusieran, yo hacía las cosas bien, como si yo si estuviera con ellos”

Mucho antes del ingreso al grupo, Santiago, junto con su padre, trabajaba con la coca, con aquello que ofrece su tierra natal. Sólo después empieza la cadena de acontecimientos que lo irá instaurando en un mundo más complejo. La sustitución del juego y los juguetes, por el dinero y la producción, imponía la realidad externa sobre la inventiva. Este fue el inicio en el mundo del narcotráfico, mucho antes de ingresar al grupo.

El cuidado temprano de la madre, que resguarda emocionalmente al niño de las circunstancias desafortunadas de la realidad, que poco a poco va a conocer, quedó reemplazado en este caso, por las comodidades materiales que el padre podía ofrecer a través del negocio de la coca. Aunque el padre también intentaba resguardarlo, por otro lado, lo hizo participar desde muy temprano en el mundo del narcotráfico.

Esto comienza a plantear en la experiencia de Santiago un tipo de escisión entre el bienestar material y el bienestar psíquico, que Bion (1980) ya analizó. En esta condición, las necesidades afectivas se desvían hacia la búsqueda de bienestar material, debido a que las primeras no están satisfechas. La necesidad de vínculos afectivos más estrechos que permanece insatisfecha, arriesga, a que la búsqueda de satisfacciones materiales, se convierta en una voracidad mal dirigida (Bion, 1980).

En este estado de la mente, como lo dice Bion, hay una necesidad de liberarse de las implicaciones emocionales que trae captar la vida y las relaciones íntimas, de las que no está provista la materialidad.

Santiago, narra que tiene varias madres, entre ellas la madre sustituta, la madre tutora y la madre de origen, sin distinguir entre ellas el vínculo más íntimo con su propia madre. Pero aún con varias madres, Santiago, experimenta sentimientos de soledad que le cuesta mucho contactar y que se ocultan detrás de la imagen de un joven bien adaptado, el mismo joven que se adaptó con éxito al grupo guerrillero y a los normas del comandante.

Pedro: el guerrero que ya no podía ser guerrero

La tercera narración que se presenta, es sobre la infancia de Pedro, un joven de 17 años, que había estado vinculado a un grupo desde los 9 años. Este joven, que crece al lado de una madre presente y amorosa y un padrastro que se hace cargo de ellos y les da su apellido, pero que está lleno de rabia con el padre que le hizo daño a la madre y los abandonó siendo muy pequeño, se mueve entre la idealización y la denigración, entre el miedo y la valentía, pero poco a poco va encontrando su propio camino que le permite ser verdadero y sincero, con él mismo, esté donde esté.

“Yo vivo con mi mamá, mi hermana y mi hermano. Ahora tengo un hermanito menor, como de dos años. Mi hermana ya se casó y tengo un sobrinito. Mi hermano vive por allá cerca de la casa. Mi mamá se volvió a unir a un señor, que es mi padrastro, es muy bueno con nosotros, prácticamente él es mi papá es quien se ha encargado de nosotros, de cuidarnos, él nos dio el apellido. Mi mamá siempre ha estado con nosotros, ella es una mujer muy calmada, callada. Ella es lo más sagrado que yo tengo, ella es en la única en que puedo confiar, yo sé que de cualquier cosa me protegería, yo no admitiría que nadie se metiera con ella o le hiciera daño. (Pedro saca su billetera para mostrarme una foto de su madre, tiene fotos de su madre y su hermana, me las presenta a las dos).

[...] mí papá se fue y nos dejó desde que éramos muy pequeños. Eso no es un padre, Yo no siento nada por ese señor. Pero es que cómo deja a unos chinos chiquitos y a la mujer. No le perdono a mi papá haber dejado a mi madre, cómo le hace eso a mi mamá. Eso no se le hace a nadie. Sólo lo he visto una vez en mi vida luego de que se fue. Si por mí hubiera sido, le hubiera hecho algo”.

Además de sus padres, Pedro consideraba a su “tierra” como él la llamaba, parte de sus orígenes vitales, y el lugar que lo vio crecer y le dio vida a los buenos recuerdos de su infancia.

“Donde vivimos todo es hermoso, allá sí hay ambiente. Todo es plano, porque la mayoría es campo verde. Hay animales, cultivos y caños. Esos caños son grandes y pa’ esos calores son muy buenos, uno cuando tiene calor, va y se mete al caño y ya. Allá la gente es alegre, la mayoría de la gente se conoce, conversa uno con todos. Se escucha música, la gente mantiene de ambiente. Allá si hace calorcito y todo son fincas, campo. A mí me gustaba ir con mi padrastro y mis hermanos a jugar billar y a tomar cerveza, eso siempre nos quedábamos hasta tarde, eso es lo que hace uno cuando no está trabajando. Es que allá a uno no le hace falta nada. Como todos son fincas, hay de todo.

Aquí por ejemplo para todo se necesita plata, para tener cualquier cosa. Por allá es diferente, muchas de las cosas para comer están ahí en la finca de uno, lo que es el plátano, la yuca, la papa. La carne también está ahí. Nadie usa luz por allá, para qué, entonces no se pagan servicios. En la noche se prenden velas, una, dos o tres velas, dependiendo. Y hay noches donde sale una ¡lunota! que da toda la luz. Enseguida de la finca casi siempre pasa un caño así de grande, que si uno quiere agua va y saca del caño y no tiene que pagarle a nadie. Teléfono, para qué, con el celular hay. Y si alguien quiere ver televisión o algo así, uno se compra una planta de petróleo y la prende cuando quiere. Pero la música no puede faltar, el radiecito en el que se escuchan las emisoras, allá si pone todo el tiempo música. Así era en el monte, se la pasa uno con el radiecito oyendo su música”.

Antes de conocer el lado guerrero, Pedro, nos permitió conocer al niño asustado y tímido de sus primeros años, y con sinceridad, nos dejó sentir con él, a ese niño protegido por su mamá.

“De niño yo era muy distinto, yo era un niño bastante tímido, me le escondía a las personas y no saludaba a nadie. Cuando me hablaban, me quedaba callado. No salía con otros niños. Mantenía detrás de mi mamá, siempre con ella. A mí no me gustaba hablar con otros niños. Yo era muy miedoso y muy nervioso, yo no hacía muchas cosas por miedo, le tenía miedo a las vacas ¡imagínese! y en mi tierra que es ganado por todas partes.

Pensar que después en la guerrilla me tocó coger monte de noche, y dormir por ahí, ahí sí no me daba miedo. ¿Yo porque habré sido tan tímido, tan nervioso? Yo no sé por qué. Es que era mucho. A lo que le tenía más miedo, era a los espantos. Uno sale allá mucho a caminar por ahí, por el monte y yo era miedoso, cuando me mandaban hacer un mandado o algo así, yo pensaba que me iba a salir el diablo o espantos o un animal así grande. Pero a lo que más miedo le tenía era a la vacas. Por allá hay mucho ganado y eso es norma

[...] yo no me fui por nada de eso, ni por vivir mal. Yo he escuchado que algunas personas se van porque viven mal, porque viven maluco en la casa. Uno sabe desde antes que si se va para la guerrilla no es por plata, porque desde el principio uno sabe que a allá no pagan. Yo he escuchado de otros grupos que pagan, como son los paramilitares. Allá sí pagan, como \$500 o \$600 mil pesos. No sé bien. Pero en la guerrilla no, así que no se pueden ir por plata, de pronto por hacerse un futuro ahí. Pero yo vivía muy bien, a mí no me hacía falta nada.

Yo me metí porque quería. Allá hay gente muy inteligente, muy estudiada, que sabe mucho, más que algunos políticos de por aquí, allá se lucha con razones, no es como acá que hay un montón de políticos malos. Yo conocí gente muy dura, muy inteligente.

Más vale por pobre el que ya es rico, o más vale por rico el que ya es pobre, algo así, no me acuerdo, pero la idea es que el pobre tiene su riqueza. A mí nunca me ha gustado aparentar nada, yo soy como soy y tengo lo que tengo. No como otros que van por ahí aparentando ser lo que no son. Me dan es rabia, sobre todo los que humillan. A mí no me gusta humillar a nadie con lo que uno tiene. No me gusta ofender a la gente, ni hacerla sentir mal”.

En el caso de Pedro, la existencia de una buena relación temprana y de un buen objeto materno, se constituyó en la precondition para una mayor fuerza y desarrollo de su *yo*, y unos mejores cimientos narcisistas. Esto hizo posible para él un sentimiento de continuidad que no se veía amenazado por los vínculos con las personas. En estas condiciones el *yo* se conforma sin excesivas maniobras defensivas, siendo capaz de confiar en los objetos externos e internos, es decir, en aquello que proviene del mundo interno y de la realidad exterior. En este caso, Pedro, podía imaginar, disfrutar de la música y estar a solas, al mismo tiempo que disfrutar de los encuentros con sus amigos.

La relación temprana con la madre, la cual él recordaba como una relación de cuidado y protección, se convirtió en el prototipo de todos los buenos objetos internos, que después le permitieron salir del miedo a la confianza, y enfrentar con mayor prueba de realidad, el ingreso a la guerrilla, la desvinculación y la reinserción social.

Luego de esta mirada más cercana a las diferentes experiencias infantiles de estos jóvenes, y a la naturaleza de sus vínculos afectivos, puede advertirse que, las experiencias infantiles además de modelar un cuadro de la realidad externa de algunos de ellos, modeló también el cuadro de las diferentes realidades psíquicas. Si se tiene en cuenta que el yo se estructura a partir de las identificaciones, y en el juego de la proyección e introyección, mecanismos que le van a permitir la incorporación del funcionamiento mental de las figuras afectivas más importantes, los padres, puede entenderse que cada joven incorporó -introyectó- cualidades afectivas diferentes.

Mariana por ejemplo, temía en las primeras sesiones que “yo” no fuera un objeto confiable y sentía que debía protegerse de un posible objeto errático, como los que anteriormente había vivenciado, por ello, regresaba a un estado defensivo que la dejaba absorta, sin pensamientos y en medio de la perplejidad. Sólo luego, cuando ella comprueba que la relación terapéutica es una relación segura, busca defenderse menos, hablar más fluidamente y contactarse mejor con el dolor experimentado por el maltrato y el abuso.

Santiago por el contrario se adaptó fácilmente a la psicoterapia, pero empezó a resistirse cuando no encontró directrices sobre qué hacer, o cómo comportarse, es decir, cuando no encontró esquemas normativos a los que plegarse, sino un espacio íntimo para desarrollar un vínculo.

Finalmente, Pedro, con mayor desarrollo psíquico, logró servirse de sus recursos internos, oponerse a las tentativas del programa y la institucionalidad de decidir por él y comprender el sentido de estar en un programa de desvinculación, lo que le permitió pronto, luego de salir del programa comenzar a trabajar como panadero y emprender una vida cerca de su familia y su tierra.

Realidad psíquica y estados mentales de los tres jóvenes excombatientes

Para comprender la idea que propone este artículo, que relaciona la continuidad mental de la infancia a la guerra, que observa las condiciones psicológicas que participan en el ingreso a un grupo armado, es preciso ubicar la importancia de la realidad psíquica y de las experiencias tempranas en su configuración.

Cuando Freud (1915), en su exposición sobre “lo inconsciente”, demuestra que la consciencia y los procesos mentales de los que se hace cargo, como la percepción, el raciocinio y el juicio de realidad, es incompleta, y no permite explicar algunos fenómenos como los sueños u olvidos, afirma, que existen procesos mentales que operan diferente a la consciencia, con independencia del tiempo y de la realidad exterior, y legítima la existencia de una *realidad psíquica*, diferente de la realidad material de la cual el sujeto es testigo a través de sus sentidos.

La *realidad psíquica*, no puede conocerse por la observación directa, pero sí a través de los sueños, los afectos, las fantasías y recuerdos, y es tan veraz como la realidad material, capaz de producir como ésta, malestar emocional, despertar profundas pasiones, fuertes temores y todo tipo de síntomas e inhibiciones. Esta diferenciación de lo psíquico entre consciente e inconsciente es una de las tesis fundamentales del psicoanálisis (Freud, 1923).

Pero tal escenario psíquico tiene un desarrollo y se configura a partir de de las vivencias de cada persona, y el intercambio de tales experiencias con los mecanismos propios del psiquismo -introyección, proyección, escisión, idealización y negación-.

Para el análisis que nos interesa, es importante situar las implicaciones que sobre la conformación de esta estructura psíquica tienen las experiencias tempranas de maltrato, abandono, rechazo de alguno de los padres o una experiencia violenta, y del otro lado, las buenas experiencias afectivas tempranas. Para Freud (1934), estas condiciones que amenazan la temprana conformación del yo⁶, pueden causarle daños precoces y producir una *herida narcisista*. A estas impresiones precozmente vivenciadas y olvidadas más tarde, son denominadas por él, en su texto *Moisés y la religión monoteísta*, como *traumas*. Aquí, el trauma está relacionado con la herida narcisista.

La herida narcisista hace que el yo desarrolle mecanismos defensivos para protegerse del influjo de la realidad exterior que se ha tornado amenazante y difícil de incorporar, lo que acaba por empobrecerlo de su intercambio con el mundo externo. Las más comunes las constituyen las evitaciones, que pueden exacerbarse y acabar en fuertes inhibiciones y fobias, como principales mecanismos para lidiar con el sufrimiento tempranamente experimentado. Esta reacción negativa ante el daño precoz va contribuir con la forma en que se desarrolle el carácter, en la medida en que parte de este, queda fijado al trauma (Freud, 1934).

Algunos de estos soportes narcisistas se conforman en las identificaciones primarias y secundarias, y en la temprana introyección de las cualidades del objeto de amor. Pero, todo aquello que haga sentir en el niño un peso prematuro del objeto por defecto o por exceso, y su impotencia respecto de él, es susceptible de iniciar un proceso de antagonismo entre sujeto

⁶ Estructura mediadora entre lo consciente y lo inconsciente, encargada de la regulación de los impulsos, las exigencias de la realidad y las exigencias morales.

y objeto, y el niño buscará defender sus límites narcisistas, aun sacrificando el vínculo. Todo lo que predominará de ahí en adelante será una evacuación del vínculo objetal, con todo lo mortífero que esto pueda representar.

Esto significa, el rechazo a cualquier necesidad relacional, o a la posibilidad de tejer un vínculo afectivo, lo cual queda reemplazado por relaciones intensas que pasan del amor al odio, que se intercambian fácilmente unas por otras, o la defensa violenta contra cualquier posibilidad de vínculo.

En la misma línea de comprender como se configuran las bases del funcionamiento psíquico en las relaciones tempranas de la infancia, Bion (1980), propone la importancia de una relación “continente-contenido”, para que surja el aparato psíquico y las funciones para hacerle frente al dolor y la frustración. El aparato psíquico según el autor, surge por medio de la relación “continente-contenido”; cuando el lactante experimenta sentimientos penosos, impulsos incomprensibles y hambre -contenidos-, trata de enfrentarse a estos proyectándolos en un objeto, en este caso la madre -continente-.

Este proceso permite al bebé, por medio de la identificación con la capacidad continente de la madre, desarrollar un espacio mental propio -continente-, para metabolizar sus impulsos. Es ella quien le ofrece primero su espacio mental, para que el bebé después pueda conformar el suyo por medio de la identificación con la función alfa de la madre.

Bion, lo describe como modelo de esta forma:

“El niño que sufre de hambre y temor a estar muriendo (...) se ensucia y llora. La madre lo levanta, lo alimenta y tranquiliza y eventualmente el niño se duerme. Reformando el modelo para representar los sentimientos del niño tenemos la siguiente versión: (...) el objeto bueno transforma (...) los temores de una muerte acechante y la ansiedad en vitalidad y confianza, la avidez y la ruindad en sentimiento de amor y generosidad y el niño succiona de vuelta sus cosas malas, ahora traducidas en bondad” (1962: 54).

La buena experiencia con el objeto continente, y la estadía en este de los malos sentimientos del lactante, antes proyectados, hace que a su debido tiempo estos sean reintroyectados como un contenido más tolerable para la psique del lactante. (Bion, 1952).

La capacidad de formar pensamientos dependerá así, de la capacidad del niño de tolerar la frustración y también de la presencia de una madre tolerante a las proyecciones del bebé, con una adecuado *reverí*. El *reverí*, es la facultad de la madre para ensoñar con el bebé sus estados

emocionales y sus experiencias, es un componente mental de amor y comprensión necesarios para la digestión de los contenidos mentales que le proyecta el bebé. Las cualidades psíquicas de la madre, y la naturaleza de estas tendrán un efecto sobre las cualidades psíquicas del bebé, y el impacto de uno sobre otro dará paso a una experiencia emocional.

Pero, si la función continente-contenido no puede proveer al sujeto de una buena experiencia que le permita transformar los malos sentimientos en contenidos más tolerables, lo que va a predominar son incrementos sensoriales y una necesidad psíquica de expulsar, evacuar el dolor mental y la frustración. Una operación como ésta no permite que los primitivos contenidos sensoriales se conviertan en algo que pueda ser convertido en un pensamiento onírico, capaz de ser significado y esto trae inevitablemente el fracaso de la simbolización.

Lo que puede ser simbolizado, puede ser elaborado, comunicado y disponible para cualquier actividad mental compleja como el pensamiento abstracto, la reflexión, la ensoñación y la expresión creativa. Lo contrario sólo daría paso a una forma de pensamiento concreto donde los instrumentos del pensamiento no se diferencian de los objetos que representan y las ideas se convierten en cosas en sí mismas. La simbolización es el trabajo psíquico por excelencia que hace posible una sana relación entre la realidad psíquica y la realidad externa.

En el caso de Mariana, el recuerdo de las palabras que le anunciaron el deseo de su madre por abortarla, junto con el maltrato físico posterior, el descuido y la negación de la existencia del padre por parte de su mamá, se reviven en la primera consulta casi de forma automática -primera narración-, como un contenido desligado psíquicamente que no ha encontrado como elaborarse. Es decir, como un contenido traumático que se reaviva en sus sueños perseguidores, en sus miedos constantes y en sus múltiples inhibiciones que obstaculizan su desarrollo psíquico y la posibilidad de confiar en las nuevas relaciones.

La manera de enfrentar la invasión y la intrusión del objeto maltratador, era reduciéndose a un estado mental en que no recibía, ni digería las experiencias. En ella, se producía la interrupción del ejercicio del pensamiento, y no había capacidad ni para el pensamiento, ni para la reflexión, la cual quedaba sustituida por el aislamiento, la perplejidad y la incapacidad de conectar los hechos.

En el caso de los jóvenes, las maniobras defensivas que se habían instaurado como consecuencia de la ausencia de una relación continente y de frágiles bases narcisistas, posibles de advertir en las experiencias de maltrato, rechazo y abuso sexual en Mariana, y de desamparo temprano en Santiago, eran principalmente el *acting-out*, las enfermedades psicósomáticas, y las dificultades en el trabajo de la simbolización.

Ante las experiencias cotidianas que traían frustración, como encontrar dificultades en el aprendizaje, o no tener la mirada y reconocimiento constante del profesor, estos jóvenes buscaban defenderse del sentimiento, o las circunstancias parecían abrumarles más de lo imaginado. Las condiciones tempranas que pueden encontrarse en las narraciones, explican mejor la fragilidad del yo de estos jóvenes.

Durante una sesión Mariana, me cuenta lo que significó que su profesor no le pusiera toda la atención:

“Lo que pasó fue que estábamos en la clase y el profesor Carlos estaba explicando un tema de matemáticas, que yo no entendía. Entonces yo le pedí que me volviera a explicar, y como a mí no me gusta que me ignoren o que no me miren, o que no me pongan atención, yo me puse brava y seria con él el resto de la clase. Él no se volteó a explicarme, sino que le siguió explicando a otro niño. Ya después cuando me habló, o cuando me miró, yo ya no quería que me explicara. Ese día yo llegue aburrida a la casa, ni quise almorzar y no quise comer nada en todo el día”.

Aquí, puede advertirse como Mariana, utiliza los hechos de la realidad exterior como medio para re-asegurarse y protegerse de las amenazas (Jeammet, 1989) externas, y en este sentido, sólo puede establecer un pobre contacto con la realidad, que se experimenta como amenazante o persecutoria.

Este es también el prototipo de una actuación, donde lo único posible es actuar el rechazo. Mariana, no pudo tolerar que su profesor atendiera a otra joven y sintiendo esto como una repetición del rechazo temprano, actúa con enojo y no puede comer en todo el día.

Jeammet (1768), nos recuerda que el actuar⁷ se erige como una defensa ante la falla en la relación temprana. A través de esta el sujeto busca el dominio sobre el objeto e intenta restablecer los límites diferenciadores del objeto, y en su movimiento de expulsión o exteriorización rechaza fuera, lo que amenaza al sujeto desde adentro.

Mariana, con lo errático de sus objetos internos y externos, que de buenos se convierten en malos, demuestra que ella no puede confiar, necesita asegurarse de la reacción del objeto y probarla en el tiempo, para poder entrar y hacer parte del vínculo, pero siempre está el peligro que un buen objeto se transforme en malo. Le tomó tiempo entrar en la confianza de la relación terapéutica, ya ella, sentía que no sabía qué podía esperar de la terapeuta.

⁷ Denominado por otros autores como *acting-out*, o actuación.

En el caso de Pedro, puede advertirse las implicaciones de una buena relación. En su narración, Pedro, recuerda una madre presente, que le protege del miedo y que lo cuida. Este tipo de vínculo representó una mejor oportunidad para su desarrollo psíquico y, por tanto, para la conformación de unos mejores cimientos narcisistas, que implican un sentimiento mayor de individualidad.

Este joven, era de los pocos jóvenes que oponía sus propias opiniones a las directrices del programa, tomaba decisiones respecto a su proyecto vocacional e intentaba pensar en serio en su paso por la guerrilla e intentar comprenderlo.

Estas son manifestaciones no solo de unas buenas bases narcisistas, sino también, de una mejor capacidad de simbolización. Él era capaz de enfrentarse mejor a sus recuerdos y de pensar en el futuro fuera del programa, en forma tal que el deseo de volver al grupo armado no se negó ni se olvidó, se enfrentó junto con las demás condiciones de frustración que provocaba estar lejos de la tierra natal y la familia.

Como decía Klein (1946), el amor y la comprensión de la madre es el mejor aliado para superar estados de angustia. En el caso de Pedro, el vínculo con su madre y padrastro, sin duda, se convirtieron en recursos psíquicos y en el caso de Mariana, el vínculo con la abuela materna, con las tías, tíos y demás familiares, fueron sus aliados contra estados de desintegración, provocados por la acción interna de las ansiedades persecutorias, y reforzadas por las condiciones de maltrato y violencia provenientes de su realidad material.

Quizás, todos los buenos vínculos, no intrusivos, que permitan tejer adentro un objeto confiable y protector posibilitan en los jóvenes excombatientes, mitigar el dolor y ayudar a superar estos estados de fragilidad o de violencia exacerbada provocados por la violencia sufrida.

Cuando estos muchachos encontraron un objeto que los acogía y contenía sin acusarlos ni exigirles obediencia en la psicoterapia, se dieron esbozos de movimientos psíquicos hacia una mayor integración de sus impulsos amorosos y destructivos; lograban contactar las difíciles emociones, podía verse una preocupación por el objeto y una necesidad de repararlo.

Este era el caso de Mariana con la abuela, a quien le duele haberla abandonado y frente a la cual surgían importantes ansiedades de reparación y duelo, y en Pedro, con sus sentimientos de culpa frente al dolor causado a la madre. La capacidad de Pedro de condolerse con el sufrimiento ajeno, evidencia como en él, ya está la ética de quien se ha contactado con sus sentimientos de enojo, rabia y agresión.

Así, se va delineando un importante planteamiento: no solo las heridas que deja la guerra pueden generar daños importantes en el *yo* y en su capacidad de tolerar las distintas frustraciones que sigue planteando la realidad, sino que, las heridas provocadas en el *yo*, antes del ingreso al

grupo armado, producto de las conocidas fallas en sus relaciones de amor tempranas, y en las fallas constantes del ambiente, dan forma a fallas narcisistas que encontrarían expresión más adelante en la violencia y en la pertenencia a un grupo armado. Estas experiencias, que han dejado incompleto y herido al *yo*, y a su relación con la realidad psíquica y externa, hacen más vulnerables a estos jóvenes al sometimiento y a las excitaciones de la guerra.

Cuando los individuos hacen parte de un grupo o masa de sujetos organizados, como lo mostró Freud (1921) y luego Bion (1961), se impone a ellos un tipo de *funcionamiento psíquico especial*, que hace que el funcionamiento individual cambie. Ambos autores ponen al descubierto algo importante, que los hombres cuando se agrupan o se reúnen bajo un mismo objetivo o propósito, dejan de ser solo sujetos agregados para convertirse en una masa psicológica en la que confluyen las tendencias instintivas, las emociones y los estratos más primitivos de la humanidad.

Este sentimiento de masa, o sentimiento grupal, se caracteriza por provocar: una disminución de la actividad intelectual, una afectividad exenta de todo freno, incapacidad de moderarse y retenerse, falta de independencia e iniciativa en los sujetos individuales y la ilusión de que todos son iguales. El fenómeno más importante de la formación de la masa es *la intensificación de la emotividad en los individuos que la integran*, en el que se pierde el sentimiento de delimitación individual (Freud, 1921).

De este modo, los sentimientos de venganza sobre antiguos agresores en el caso de Mariana; el sometimiento al influjo moral externo, propio del desamparo que vivió Santiago y que se observa en la forma como el joven se aseguraba en el bienestar material; el débil sentimiento de individualidad, consecuencia del maltrato y el rechazo, y otros sentimientos infantiles no elaborados, encuentran alivio en la pertenencia a una masa psicológica.

Es posible pensar, que la incertidumbre por el futuro, que provoca las condiciones de vida antes señaladas, y las condiciones mentales ya descritas, despierta la esperanza que, en el grupo guerrillero haya una mejor vida. Pedro, lo decía cuando admitía que muchos jóvenes se iban a la guerrilla para “hacerse un futuro”. Así, con la esperanza de ponerle fin al sentimiento de incertidumbre se ingresa al grupo armado.

Adentro, cuando el líder-comandante se ofrece como figura de protección y promete dar a través del grupo, cuidado y un esquema de acciones a seguir, el sentimiento de desamparo se convierte en admiración por el líder. Tal vez esto explique, la forma como muchos jóvenes quedan adheridos a la imagen de autoridad del comandante, y desean en algún momento convertirse en él. En la medida en que se le atribuyen dotes excepcionales de fuerza y conocimiento al jefe, estos jóvenes quedan nuevamente sometidos a sentimientos de inferioridad e inadecuación que los mantiene en el ciclo de dependencia.

Otro sentimiento que encuentra lugar en el grupo armado, es el sentimiento de venganza, que se vuelve un motivo para participar. Freud habla de la situación específica de la angustia que provocan las heridas tempranas, producto del maltrato, el abandono o el abuso, traumas frente a los cuales el *yo* encuentra una salida activa:

“El *yo*, que ha experimentado pasivamente el trauma, repite ahora activamente una reproducción mitigada del mismo con la esperanza de dirigir su curso. No es otra forma en que el niño se comporta con respecto a todas sus impresiones penosas, las que reproduce en sus juegos, buscando de este modo pasar de la pasividad a la actividad, controlando psíquicamente sus impresiones” (Freud, 1925:3879).

Esta idea ayuda a entender, como los sentimientos altamente ofensivos vívidos en la infancia, pueden transformarse en acciones violentas durante la adolescencia. Una forma que usa el *yo* para sobreponerse a la herida narcisista, es asegurar su dominio sobre el objeto amenazante, haciéndole experimentar al objeto la misma herida que se vivió pasivamente en la infancia. En el caso de Mariana, se puede recordar, que la venganza hacia los agresores, y el deseo de muerte hacia el padre, la madre y el hombre abusador se abrieron paso dentro del grupo armado.

En el grupo armado, es posible también la acción defensiva de la violencia. En este camino los jóvenes, buscando preservar los límites del sí mismo cuando algo amenaza con atacarlos o destruirlos, la opción defensiva no es ya el aislamiento o la suspensión del pensamiento y la actividad mental, sino, el dominio violento sobre el objeto amenazante. Cuando la relación continente en principio ha fallado, el *yo* encuentra como única salida para la sensación de amenaza la expulsión de la “*excitación desorganizante, sobre un elemento del marco exterior*” (Jeammet, 2000: 67) sobre el cual el sujeto va a buscar un control y dominio omnipotente.

El *yo* busca así, compensar a través del comportamiento violento su fragilidad, imponiendo su dominio sobre el objeto desestabilizador que amenaza con su desfallecimiento. Tal amenaza, podrá venir tanto de afuera como de adentro, de la acción de los propios impulsos y de los objetos internos.

Si bien los jóvenes que narran su infancia aquí, no usaban la violencia como forma de defensa, otros jóvenes del programa lo hacían comúnmente, por ello, la importancia de tomar en consideración, la violencia como una defensa primaria contras las heridas narcisistas.

En suma, las difíciles experiencias tempranas, y la vivencia de vínculos afectivos non continentes erosionaron sobre todo su capacidad de confiar en las relaciones, y en ellos mismos o en su

mundo interno, factible de contactar en el sueño, en las fantasías o en la imaginación. En el caso de Santiago y Mariana, se observaba una dificultad para entrar en la relación y confiar, pero también para refugiarse en sus realidades internas. En Pedro, la confianza también se había herido por la separación rápida de la familia y la madre.

Tal vez, uno de los factores que mejor actúen en contra de la guerra y la violencia es la reconstrucción de la capacidad relacional de estos jóvenes. Las relaciones confiables y sinceras actúan como novedad y pueden dar paso a la reparación de los buenos objetos internos que se hayan perdido, y de la propia bondad del sujeto, lo que significa para el *yo*, mayor fortaleza, y para la estructura mental mayores niveles de organización. Es decir, nuevas relaciones y vínculos confiables pueden ayudar a dar paso a los pensamientos, a los sueños, recuerdos, imágenes, y fantasías y de este modo, a sacar a la mente del aplanamiento y sometimiento, en la que la ha sumergido la guerra, la violencia y el desamparo.

A modo de cierre

Advertir que las condiciones de vida difíciles, como las que se observó en estos casos, generan dificultad en el crecimiento y en el desarrollo de la personalidad, con la aparición de un sentimiento básico de desconfianza o un pobre control de impulsos, tal vez no es una novedad. Pero, volver a pensar en estas condiciones, desde la realidad psíquica, permite advertir las implicaciones para la vida mental que generan condiciones donde solo es posible la supervivencia, como pasa con estas comunidades donde vive la guerrilla o hay presencia militar. Sus efectos no se quedan solo allí o en los individuos, como en los jóvenes que conocí, sino que, permean todas las fronteras, y se convierten en un estado mental social.

Este primer trabajo, con una mirada cercana a la infancia de estos jóvenes excombatientes, y a los personajes y dramas de su vida real y de su teatro psíquico, nos permitió darnos cuenta de lo fundamental que resulta poder llevarlos a pensar que mucho de lo que ha sido su vida, no ha dependido de grandes decisiones importantes, sino de circunstancias personales que se fueron gestando desde su temprana infancia. Pensar con los jóvenes estas circunstancias, contactar sus emociones y establecer vínculos entre sus múltiples vivencias a lo largo de su vida, entre la infancia, la guerra y la nueva vida en la ciudad, es un camino necesario. Las capacitaciones, un nuevo trabajo y algo de dinero, todo lejos de su familia, arriesga a éstos jóvenes, que ante cualquier frustración quieren regresar a la antigua vida, porque no han logrado entender ni significar su propia vida, ni rehacer los vínculos reales con quienes los ayudaron y protegieron de pequeños y todavía los recuerdan con nostalgia.

Bibliografía

- Bion, W. (1961). *Experiencias en grupos*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- _____. (1962). *Aprendiendo de la experiencia*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Freud, S. (1915). “Lo inconsciente”. En: *Obras Completas*. Tomo II. Madrid: Biblioteca Nueva.
- _____. (1920-1921). “Psicología de las masas y análisis del yo”. En: *Obras Completas*. Tomo II. Madrid: Biblioteca Nueva.
- _____. (1925-1926). “Inhibición, síntoma y angustia”. En: *Obras Completas*. Tomo III. Madrid: Biblioteca Nueva.
- _____. (1929-1930). “El malestar en la cultura”. En: *Obras Completas*. Tomo III. Madrid: Biblioteca Nueva.
- _____. (1934). “Moisés y la religión monoteísta”. En: *Obras Completas*. Tomo III. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Jeammet, Philippe. (1989). *Cimientos narcisistas de la simbolización*. Traducción Mauricio Fernández. “Les assises narcissiques de la symbolisation”. *Revue Francaise 1989*, Vol. 53. p. 1763-1774.
- _____. (2000). *La violencia en la adolescencia: una respuesta ante la amenaza de la identidad*. Ponencia presentada en: XV Congreso Nacional de la Sociedad Española de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y del Adolescente. Granada. *Cuadernos de psiquiatría y psicoterapia del niño y del adolescente 33/34*. p. 59-91.
- Klein, Melanie. (1946). “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides”. En: *Obras Completas 3*. Buenos Aires: Editorial Paidós-Home.
- _____. (1958). “Sobre el desarrollo del funcionamiento mental”. En: *Obras Completas 6*. Buenos Aires: Paidós-Home.
- _____. (1959). “Nuestro mundo adulto y sus raíces en la infancia”. En: *Obras Completas 6*. Buenos Aires: Paidós-Home.
- Muñoz, Cecilia. (1994). “Reflexiones sobre la realidad psíquica”. Trabajo presentado como ponencia central en las jornadas Psicoanalíticas de la Sociedad Colombiana de Psicoanálisis. Bogotá.

_____. (1997). "Destrucción y seducción: dos estados mentales narcisistas que se expresan en la violencia". Trabajo presentado en las Jornadas psicoanalíticas de la sociedad Colombiana de Psicoanálisis.

Vergara Castillo, M. & Castro Gómez, E. (2004). "Las peculiaridades de la investigación en psicoanálisis". En: *Terapia Psicológica*, No. 001, Vol. 22. Sociedad chilena de psicología clínica. Santiago de Chile. pp. 25-32.